



S. SIMEON, O. Y M.

DIA DIEZ Y OCHO.

SAN SIMEON, OBISPO DE JERUSALEN Y MÁRTIR.

San Simeon, ó Simon, estaba en estrecha union con Jesucristo, y era consiguiente que tuviese mucha parte en sus singulares favores y en sus particulares gracias. Era hijo de Cléofas, hermano de san José, y por consiguiente reputado por primo hermano del Salvador. Su madre se llamaba Maria; era aquella misma de quien dice el Evangelio que era cuñada de la santísima Virgen (por serlo de su esposo san José), á quien acompañó hasta el monte Calvario, asistiendo á la muerte del Salvador del mundo, que miraba como á sobrino suyo.

Supuesta una union tan estrecha entre el hijo y los padres con Jesucristo, es fácil discurrir la liberalidad con que el salvador colmaria de gracias á toda la familia. Era Simeon de sangre real, como sobrino de san José, legitimo descendiente de la casa de David; pero su mayor y mas ilustre distintivo fué haber sido discipulo de Cristo, un santo obispo y un glorioso mártir.

Escogióle el Salvador por uno de sus primeros discipulos, y le instruyó por sí mismo; con que, saliendo de mano de tal maestro, ¿qué progresos no haria en la ciencia de la salvacion? Fué testigo de la mayor parte de los milagros que obró el Hijo de Dios, de su resurreccion, y de su ascension á los cielos; y como era uno de los miembros que componian entonces toda la Iglesia, se halló en el cenáculo con los demás, y recibió el Espíritu Santo el día de Pentecostes en compañía de la santísima Virgen, á quien reverenciaba

como á tia, y de los sagrados apóstoles, de muchos de los cuales era pariente.

Después de la separación de los apóstoles y de los otros discípulos destinados para llevar la luz del Evangelio á las provincias, parece que san Simeon se quedó en Judea, aplicado por el Señor á trabajar en la conversión de los de su misma nación, de quienes fué siempre muy estimado y muy querido. Estuvo muchos años dentro de la misma Jerusalem en compañía de su primer obispo, pariente suyo, Santiago el Menor, ayudándole á trabajar en la santificación de aquella gran ciudad que Jesucristo acababa de regar con su preciosísima sangre.

Fué su misión tanto mas trabajosa, cuanto tenia que lidiar con un pueblo cuyo corazon y cuyo espíritu respiraba todavía cólera y furor contra Jesucristo, á quien acababa de quitar la vida en un afrentoso madero. Con todo eso, á su apostólico fervor y laboriosas fatigas correspondió una mies muy abundante. Cada día se aumentaba el número de los fieles, y estas frecuentes conversiones excitaron aquella cruel persecución que hizo tantos mártires en Jerusalem.

El año 62 del nacimiento del Señor, y el 29 de su gloriosa resurrección, quitaron inhumanamente la vida los Judíos á Santiago el Menor. Dícese que Simeon se halló presente á su martirio, y que tuvo valor para reprender agriamente á los homicidas, acriminándoles la enormidad de su delito, sin que ellos se atreviesen á vengarse; lo que acredita el respeto y la veneración que profesaban á nuestro santo.

Por razón de la persecución, se pasaron algunos meses después de la muerte del apóstol, hasta que nombraran á quien le sucediese. Sosegada algun tanto la tempestad, luego que se pudo respirar, se juntaron en Jerusalem los apóstoles que no estaban muy distantes, los discípulos que aun vivían el año de 62, y

los fieles, y todos de unánime consentimiento eligieron á Simeon como el mas digno y el mas propio para ocupar el puesto del apóstol Santiago.

La eminente santidad y la gran sabiduría del nuevo obispo, contribuyeron mucho no solo para nutrir, sino para encender admirablemente la piedad y el fervor de aquellos primeros cristianos, que, por las persecuciones de los Judíos, cada día se hacían mas ilustres y recomendables en la Iglesia.

Habiéndose amotinado en este tiempo los Judíos contra los Romanos, el santo pastor aconsejó á los cristianos que se retirasen de Jerusalem para que no fuesen envueltos en las ruinas de aquella infeliz ciudad. Salieron pues los fieles de Jerusalem bajo la conducta de su santo obispo, como en otro tiempo habia salido Lot y su familia de Sodoma bajo la conducta del santo ángel; y se retiraron á un lugar de la otra parte del Jordan, llamado Pella, el año de 69, es decir, poco antes que Vespasiano, enviado por Neron contra los rebeldes, entrase con su ejército en el país.

Después de la total ruina de Jerusalem, que sucedió el año 70 del Señor, pasaron los fieles segunda vez el Jordan, y se restituyeron, no á la ciudad, que ya no la habia, sino al lugar que antes ocupaba, no habiendo quedado en ella piedra sobre piedra, segun la palabra del mismo Jesucristo. Sobre estas miserables ruinas edificaron otra nueva ciudad menos soberbia en edificios, pero mas rica de virtudes; porque animados con un nuevo fervor por la solicitud, por la piedad, por el celo de su obispo, presto refloreció la Iglesia mas que nunca en la nueva Jerusalem, compitiéndose las raras virtudes de los que la componían con el resplandor de sus prodigios, y con el ruido de sus milagros.

Tuvo siempre gran cuidado Simeon de velar sobre su pequeño rebaño, y sobre todo de conservar en

su primitiva pureza, ya previniéndole contra las herejías que el infierno comenzaba á suscitar, ya distribuyendo continuamente á su pueblo el pan de la divina palabra, y explicándole sin cesar con un celo y con una bondad admirable las grandes verdades de la Religión, como las había aprendido de la boca del mismo Jesucristo.

Esta vigilancia del santo pastor, este celo infatigable por la gloria de Jesucristo y por la salvación de sus ovejas, esta constancia, este valor heroico en los mayores peligros le merecieron en fin la corona del martirio.

Habiale conservado la divina Providencia por un espacio de tiempo muy considerable, durante el cual había gobernado siempre á sus ovejas con mucha prudencia y con grande tranquilidad. Era muy necesario á la Iglesia mientras duraban aquellos tiempos duros y calamitosos, por lo cual permitió ó dispuso soberanamente el Señor que no se acordasen de él en las diligentes pesquisas que hicieron Vespasiano y Domiciano de todos los descendientes de David para quitarles la vida; pero habiéndose renovado estas pesquisas por orden del emperador Trajano, fué delatado Simeon, no solo como descendiente de aquella real casa, sino como la columna y el héroe del cristianismo.

A los ciento y veinte años de edad fué presentado ante el gobernador de Siria, llamado Ático, varón consular que se hallaba á la sazón en Judea, cuya provincia pertenecía á su gobierno. Moviése este á compasión luego que vió delante de sí á un anciano tan respetable, y procuró persuadirle que renunciase su religión, sacrificando á los dioses del imperio; pero quedó sumamente sorprendido cuando oyó la generosidad y la fortaleza con que le hizo demostración nuestro santo de que ni había ni podía haber

mas que un solo Dios verdadero; que Jesucristo era este verdadero Dios, y que los que él llamaba dioses habían sido unos insignes facinerosos, afrenta del linaje humano, é indignos de ser contados ni aun en el número de los hombres.

Vuelto Ático en sí de su primer asombro, advirtiendo la grande impresión que hacían en los circunstantes las palabras del santo viejo, le mandó azotar cruelmente, y por muchos días le hizo padecer los mas atroces suplicios. Admiraron todos su constancia, sin acertar á comprender de donde podía venir aquel vigor y aquella fortaleza á un cuerpo debilitado por una edad tan avanzada. Todos gritaban que aquello era milagro; lo que irritó tanto al juez, que le sentenció á que perdiese la vida en una cruz, logrando Simeon el consuelo de verse tratado como su divino maestro. No pudo contener dentro del pecho la alegría, y murió dando gracias al Señor por el favor que le hacía de imitar á Jesucristo en el género mismo de su suplicio.

Fué su glorioso martirio en el año del Señor 107, después de haber gobernado la iglesia de Jerusalem por espacio de mas de cuarenta años. Algunas iglesias de Occidente, como las de Brindisi y Bolonia en Italia, la de Bruselas en los Países Bajos, y la de Torrelaguna en España, se tienen por felices en poseer reliquias de este gran santo, y las veneran con mucha devoción y con no menos confianza.

SAN HELADIO, ARZOBISPO DE TOLEDO.

San Eladio, uno de los mas brillantes ornamentos del orden episcopal, y uno de los modelos mas perfectos de los prelados eclesiásticos, nació en la ciudad de Toledo de la nobilísima prosapia de los reyes godos.

Su padre, llamado tambien Heladio, condecorado con los mas honoríficos cargos de palacio, distinguidísimo por su piedad, y agradecido del favor que le hizo el cielo en concederle un hijo dotado con todas las disposiciones de la naturaleza y de la gracia, aplicó su vigilante cuidado en darle una educacion conforme á su religion y nacimiento; pero su bello natural é inclinacion á lo bueno facilitaron mas que todo el deseado efecto de su educacion; y aunque tuvo esta en la corte, sitio muy peligroso para conservar la inocencia un jóven que lograba el favor del principe, con todo no le tocó el aire de sus pestilentes máximas. Como juntaba una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á una gran madurez de juicio y solidez de entendimiento, era tenido en la corte por uno de los jóvenes mas cabales de su tiempo. Pero, sobresaliendo principalmente en el manejo de los negocios, fió el rey á su cuidado el empleo de gobernador de las cosas públicas, cargo de mucha importancia entre los Godos.

No se entibiaron los piadosos dictámenes de Heladio con esta primera dignidad del reino: hicieron poca impresion en su espiritu los atractivos de una brillante fortuna y adelantamiento con que le esperanzaba su propio mérito. Inútilmente puso su virtud en la mayor prueba todo aquello que pudiera tentar á cualquiera otro corazon menos desengañado y menos sólido: nunca le deslumbraron las aparentes grandezas de que tanto se paga el mundo. Inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba; y así, en medio de la corte vivia con el arreglo y devocion que pudiera un solitario. En prueba de lo cual, escribe san Ildelfonso que bajo el hábito secular cumplia los ejercicios monásticos, con tanto amor al retiro, que el tiempo sobrante al cumplimiento de sus obligaciones lo pa-

saba en el monasterio Agaliense, contiguo á la ciudad de Toledo, floreciente por entonces en la observancia regular, y donde, reunido con los monjes, se ocupaba en las funciones del instituto y oficios mas humildes de la comunidad.

Cuando todos aplaudian y aun veneraban á Heladio como maravilla de la corte, le inspiró el Señor la resolucion de dejar el mundo para atender únicamente al importante negocio de su salvacion. Y siguiendo tan acertado impulso, renunció el empleo y todos los honores y esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, y vistió el hábito de monje en el monasterio dicho. Fueron tan conocidos los progresos que hizo allí en la virtud, y tan notoria su consumada prudencia, que, muerto el abad de aquella casa, por aclamacion comun le eligieron por su sucesor los religiosos, muy contra su voluntad. Pero si bien se esmeró en enriquecer con bienes temporales el monasterio, mucho mas en aumentar los espirituales en sus súbditos, con el fervor de sus sabios consejos, siempre acompañados con el ejemplo, para hacer mas eficaces sus instrucciones.

Vacó por aquel tiempo la cátedra episcopal de Toledo por muerte de Aurasio, prelado digno del mayor elogio, pues, aunque se hallaba cargado de años, su prudencia, santidad y sabiduria le fortalecian con el valor necesario para gobernar diestramente tan vasta diócesis; y todos pusieron los ojos en Heladio para que fuese su sucesor. No fué tan fácil rendir su voluntad, como lo fué su eleccion; pero sujetándose al yugo por obediencia, principió á ejercer las funciones de su ministerio como sabio y santo pastor. Todos sus desvelos tenian por objeto la perfeccion del estado eclesiástico, la reforma de las costumbres del secular, y el lustre del culto divino. Esmerándose en el socorro de los necesitados, mere-

ció el renombre de padre de los pobres. Basta para acreditar lo inagotable de su caridad el testimonio de san Ildefonso : « *Las misericordias y limosnas que » hacia Heladio, dice el santo, eran tan copiosas, como » si entendiase que de su estómago estaban asidos como » miembros los necesitados, y de él se sustentaban sus » entrañas.* » Para no defraudarles, observaba una frugalidad admirable en su mesa. El mismo san Ildefonso añade que rehusó escribir, porque sus acciones laudables eran un continuo testimonio de cuanto podia imprimir en el papel para pública enseñanza.

Entre otros muchos hechos de este celeberrimo prelado, dignos de eterna memoria, fueron las vivas y eficaces instancias con que persuadió al rey Sisebuto para que expeliese de los dominios de España á los judíos que la inficionaban con su ceguedad, y alborotaban con sus genios inquietos; experimentándose muy luego las ventajas de aquel destierro. Tambien se debió á su piedad la construccion del templo de santa Leocadia, donde fué á su muerte sepultado, con un epitafio expresivo de su nobleza, nacimiento y admirables acciones, escrito por san Ildefonso, á quien ordenó de diácono, y quien le sucedió en los empleos de abad y arzobispo en la primera cátedra.

En fin, despues de haber gobernado su obispado como un verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de diez y ocho años, en los tiempos de Sisebuto, Chintila y principios de Sisenando, cargado de merecimientos, falleció en el dia 18 de febrero del año 632. Se cree, y es muy verisimil, que ocasionó su muerte el sentimiento por los disturbios y males que ocurrieron en España con motivo del violento despojo del rey Chintila por Sisenando, sugeto de grande ánimo y destreza en el arte militar, pero lleno de ambicion por reinar, el cual, pasando á Francia, consiguiera que Dagoberto auxiliase con tropas sus intentos. La

opinion de santidad de este excelente prelado fué entre los Godos celeberrima; y en prueba de su veneracion pública, escribe Pisa, en la historia de Toledo, que le pintaban antiguamente con diadema, insignia de santidad conocida.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Jerusalem, san Simeon, obispo y mártir, que se dice haber sido hijo de Cléofas, y pariente inmediato del Salvador segun la carne. Habiendo sido consagrado obispo de Jerusalem despues de Santiago, apellidado el Hermano del Señor, sufrió primeramente diversos suplicios durante la persecucion de Trajano, y acabó su vida con el martirio. Todos los circunstantes y el mismo juez se maravillaron de que un viejo de ciento y veinte años hubiese sufrido con tanta fortaleza y constancia el suplicio de la cruz.

En Ostia, los santos hermanos Máximo y Claudio, mártires, con Prepedigna, mujer de Claudio, y sus dos hijos Alejandro y Cutias, todos de ilustre familia, que fueron presos y desterrados por orden de Dioleciano; despues, habiendo sido condenados al fuego, se ofrecieron á Dios en oloroso sacrificio. Sus reliquias preciosas, arrojadas al rio, fueron recogidas por los cristianos, y enterradas cerca de lamisma ciudad.

En Africa, los santos mártires Lucio, Silvano, Rúculo, Clásico, Secundino, Frúculo y Máximo

En Constantinopla, san Flaviano, obispo, el cual, defendiendo vigorosamente la fe católica en Éfeso, fué maltratado á puntapiés y puñadas por la faccion del impío Dióscoro, y habiendo sido desterrado, murió al cabo de tres dias.

En Toledo, san Heladio, obispo y confesor.

La misa es del comun de mártir y pontífice, y la oracion es la que sigue.

Infirmi-
omnipotens
dus propria
beatí Simeonis,
atque pontíficeis,
gloriosa nos
minum nostrum
tum..

O Dios todopoderoso, atiende á nuestra flaqueza; y pues estamos oprimidos con el peso de nuestros pecados, ampáranos por la intercesion de tu glorioso mártir y pontífice el bienaventurado Simeon: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago, y es la misma que el día 1, pág. 29.

NOTA.

« Santiago, obispo de Jerusalem, nombrado *el Menor*, porque fué llamado al apostolado despues del otro Santiago hijo del Zebedéo, escribió una epístola admirable, y es la primera de las *epístolas católicas*, es decir, *universales*, porque no están dirigidas á ninguna iglesia en particular, sino á todos los Judios convertidos á la fe, y á todos los fieles en general esparcidos en toda la tierra, y comprendidos en el nombre de las doce tribus. Escribióse esta carta por los años del Señor de 59 ó 60. »

REFLEXIONES.

Beatus vir qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit accipiet coronam vite. Mucho prueba el mundo á los que le sirven. ¿Cuánto hay que sufrir del capricho y de la tirania del amo mas duro y mas imperioso de todos los amos? Alteraciones en las prosperidades, inconstancias en la fortuna, desórden en los negocios, envidia, artificios, engaños, pasiones, todo concurre á ejercitar la paciencia de los mundanos; ¿pero qué fruto, qué felicidad encuentran en

este duro ejercicio? No, mi Dios, no sucede lo mismo con las mas rígidas pruebas en que tal vez poneis á vuestros mas fieles siervos; porque, fuera de que no pocas veces todo su rigor se queda solamente en la corteza, porque vuestra gracia embota sus puntas y endulza su amargura, ¿dónde hay fruto mas exquisito, dónde hay recompensa mas preciosa ni mas segura que haber sido fiel en todas estas pruebas? El combate dura por pocos momentos, la tentacion es de breves horas; pero el fruto de la victoria compite con la misma eternidad. Haz cotejo entre el padecer de los unos y el padecer de los otros, y sentencia despues cuales de ellos son mas dignos de compasion. *Nemo cum tentatur dicat quoniam à Deo tentatur: Deus enim intentator malorum est: ipse autem neminem tentat:* Ni diga alguno, cuando se halla tentado, que Dios es el que le tienta; porque Dios no es capaz de tentar para el mal. El intento de Dios cuando pone á sus siervos en algun género de pruebas, es purificar su virtud, experimentar su fidelidad, aumentar su recompensa. Siempre debe acompañar al fervor un temor santo, segun el consejo del apóstol; mucho mas necesario es este santo temor en tiempo de sequedad y en tiempo de prueba; pero al mismo tiempo la confianza en el Señor ha de sostener, ha de aumentar el aliento en medio de las mas fuertes tentaciones: *Porque Dios es justo, y no permitirá seas tentado mas de lo que pudieren llevar tus fuerzas; y hasta en la misma tentacion te auxiliará con abundantes medios para que puedas vencerla.* Pero cuando nosotros nos exponemos tan temerariamente á la tentacion, cuando amamos, cuando buscamos el peligro, cuando provocamos al enemigo contra las órdenes del Señor, ¿no nos precipitamos en un conocido riesgo de perdernos? ¿Estaremos bien seguros apoyándonos únicamente en nuestra temeraria confianza? Hasta los

mayores santos no se tenían por seguros en el desierto; los mismos sagrados apóstoles se juzgaban obligados á juntar una continua oracion con una perpetua vigilancia; los héroes de la religion no hallaban seguridad sino en la fuga: ¡y unos hombres, por decirlo así, llagados de piés á cabeza, debilitados, ya medio vencidos á fuerza de tantas recaídas, se meten á sangre fria y con plena deliberacion en las mas peligrosas ocasiones! ¿Ignoramos por ventura que llevamos en nosotros mismos el tentador mas halagüeño, y por lo mismo el mas peligroso? ¡Oh, que no ha menester mas incentivos el cebo natural de nuestra concupiscencia! A la verdad, en vano se valdria el demonio de este enemigo doméstico, con el cual está siempre de inteligencia para engañarnos, si nosotros no nos pusiéramos tambien de su parte para nuestra ruina. Ni uno ni otro nos haria daño si no quisiéramos nosotros; su victoria depende de nuestro consentimiento, y este consentimiento en nuestra mano está negarle ó concederle. No hay que ponderar en demasia nuestra propension á lo malo, nuestra natural flaqueza; la gracia del Redentor, que nunca nos falta, siempre nos da fuerzas para vencer. En esta guerra ninguno es vencido sino por culpa suya. Quien se mete voluntariamente en el peligro, ¿será maravilla que quede vencido? ¿y no sería milagro que no lo quedase? ¡Qué error, qué locura no ver, no conocer que toda nuestra virtud, toda nuestra fuerza, todo nuestro aliento y todo otro cualquiera don viene únicamente de nuestro Salvador, de nuestro amoroso Padre! Pero ¡qué consuelo, qué perenne, qué inagotable manantial de confianza saber que este dulce Salvador, que este buen Padre no está sujeto á mudanzas! Su ternura no padece menguantes, su amor está exento de vicisitudes: *Apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio*; Jesucristo ayer

y hoy, siempre benéfico, siempre lleno de misericordia; y si Dios tiene tanta bondad para conmigo, dice san Bernardo, en el mismo tiempo en que huyo de él, en el mismo tiempo en que le ofendo; ¿qué hará cuando le busco, cuando hago todo lo que puedo por agradarle, cuando le sirvo con fidelidad?

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas, y el mismo que el día 1, pág. 33.

MEDITACION.

DEL FIN DEL HOMBRE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no estamos en el mundo por casualidad; algun fin se propuso Dios cuando nos crió, y este fin no fué otro que para conocerle, para amarle y para servirle. Glorificamos á Dios conociéndole y amándole; damos testimonio de nuestro amor sirviéndole, y le servimos guardando sus mandamientos. Bien pudo Dios no criarnos; pero no pudo criarnos para otro fin.

El desorden de las costumbres puede hacernos olvidar nuestro deber; pero nunca podrá mudar nuestro último fin. Por muy desarreglados que seamos, siempre será verdad que no estamos en el mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para gozar de los placeres, para hacer una grande fortuna; solo estamos en él para servir á Dios, para amarle y para glorificarle con nuestro amor.

Los reyes y los vasallos, los ricos y los pobres, los mozos y los viejos no están en este mundo para otro fin. Que los hombres sean de diferente condicion; que haya subordinacion entre ellos; que unos nazcan señores y otros vasallo, todos nacieron para un mismo fin postrero; y todos convienen en este punto capital,